

- ***Itzala. Gaixotasun baten kronika***
- **Presentación**
- **21-04-2026**
- **Biblioteca Municipal de Donostia**

Portugal, mayo de 2023

Al cabo de veintidós años, la enfermedad impuso una nueva limitación, un nuevo cercado a mi maltrecho cuerpo, ya que a medida que la frecuencia de las crisis aumentaba, las consecuencias de las mismas se volvían cada vez más profundas; entre ellas, el miedo provocado por la incertidumbre y el duelo que supone toda enfermedad.

Buscando un atisbo de respuesta a mis preocupaciones, centré toda mi atención en los vaivenes de mi cuerpo, pero junto al tan conocido silencio, se impuso una nueva respuesta: la edad. A punto de cumplir cincuenta años, la tierra temblaba bajo mis pies. ¿Qué me deparaba el futuro?

Hice todo lo que estaba en mi mano cuidando el ejercicio, la alimentación, el descanso y, sobre todo, buscando la felicidad de cada día. Sin embargo, a menudo, la enfermedad conlleva un duelo, la renuncia a lo que amamos, y un gran peligro: la tristeza. Felipe Juaristi en su libro *Idia mihian (Un buey en la lengua)* afirma: “La tristeza es el exilio de nuestra isla interior; secuestra nuestro cuerpo, acorta nuestra visión. Nos aísla”. La experiencia me había enseñado a no perder de vista a ese temible guardián del territorio de la enfermedad, a ese cruel perro negro, la tristeza. La imagen del oscuro animal fue utilizada por primera vez en el siglo XVIII por el doctor Samuel Johnson para referirse a la depresión. Hace muchos años que la bestia y yo nos miramos fijamente; hace mucho también, decidí no alimentarlo, ya que, si creciera, me devoraría y me sumiría en la más absoluta oscuridad.

De todas formas, ahuyentar la tristeza no asegura la felicidad. En mi región, habito un edificio cuya piedra angular ha sido siempre mi soporte, fundamento y apoyo: la literatura. El año pasado, el terremoto de la enfermedad hizo tambalear esa base impidiéndome pensar, leer o escribir durante largos meses. ¿Qué me deparaba el futuro?

Uxue Razquin me halló en ese estado, intentando aprender a vivir de nuevo, de otro modo, y me hizo tres preguntas, que sólo una voz amiga, una sombra que cobija, puede plantear: “¿qué tal te encuentras?”; “¿qué tal tus manos cuando escribes?”; “¿alguna vez has pensado en escribir sobre la enfermedad?”. Olvidé la propuesta hasta que el eco de su sugerencia volvió a resonar en mí con intensidad al cabo de los días. Después vino la retahíla de cuestiones que hacían referencia a las razones para comenzar la tarea, al objetivo, a los potenciales lectores, a la forma de plantear el trabajo o al tiempo del que dispondría para ello. El temor no logró empañar el interés del reto.

Mi situación actual ha eliminado completamente la posibilidad de realizar un ensayo al uso, y únicamente al aceptar mis limitaciones, este “querer y no poder”, he adquirido una nueva rutina: paseando en esta larga playa de Portugal, el cuerpo me permite tres cuartos de hora para la reflexión plenamente libre sobre el anverso y reverso de temas que conforman una única moneda, para la escritura, y para el asombro y aprendizaje con libros y autores que salen a mi encuentro en el camino; para sombrear y amparar mi interior. No dispongo de objetivos ni de la responsabilidad de escribir un libro; la enfermedad, al desterrar la posibilidad de un ensayo al uso, me presenta un nuevo camino, más libre.

Donostia, abril de 2026

Han transcurrido tres largos años.

Lejos ha quedado la costa de Portugal; tan lejos y tan cerca, los primeros días de este caminar... Hoy, en mi enigmática memoria, en ese misterioso reino que se equivoca tan a menudo, encuentro los recuerdos del inmenso arenal: tan lejos y tan cerca, las terribles tormentas que haciendo su aparición en el ancho mar golpean con crudeza el barrio de los pescadores; tan lejos y tan cerca, los cafés compartidos con María Zambrano, bajo un sol de primavera.

Hoy, en nuestra habitación, no necesito mirar en torno para sentir que tú, “sombra negra que me asombras”, continúas a mi lado, intentando apoderarte de toda vida. Ayer, el sufrimiento fue el anuncio de la misma esperanza truncada que sintió Rosalía de Castro en su vida:

Cando maxino qu'ês ida,
N'o mesmo sol te m'amostras,
Y eres a estrela que brila,
Y eres o vento que zóa.

Si cantan, ês tí que cantas,
Si choran, ês tí que choras,
Y-ês o marmurio d'o rio
Y-ês a noite y ês aurora.

Si imagino que te has ido,
en el mismo sol te asomas,
y eres la estrella que brilla,
y eres el viento que sopla.
Si cantan, tú eres quien cantas,
si lloran, tú eres quien llora,
y eres murmullo del río

y eres la noche y la aurora.

He suplicado a la luz para que ilumine las líneas de esta presentación, para que no haga su aparición la niebla que oscurece todo pensamiento.

A mi lado, descansa este trabajo que para todos compone un libro y que, a mis ojos, continúa siendo camino; a veces, me invade la certeza de que continuaré adelante de este modo, acompañada de autores y libros, reflexionando, como una anciana que arrastra los pies y camina lentamente. Al menos, ese es mi deseo.

Eloy, mi médico, aun sin certeza, mantiene la esperanza de un nuevo diagnóstico y la de un medicamento que nos alivie el sufrimiento haciéndonos más llevadera la vida. Mi reto es cada uno de los días; como he intentado reflejar en estas páginas, cada uno de los días que tanto se asemeja a toda la vida. Deseo que la angustia no se apodere de mí; dispongo de este cuerpo que grita de dolor para clamar lo vivido por Rosalía de Castro, lo sufrido por cada enfermo:

En todo estás e ti ês todo,
Pra min y en min mesma moras,
Nin m'abandonarás nunca,
Sombra que sempre m'asombras.

En todo estás y eres todo,
para mí en mí misma moras,
nunca me abandonarás,
sombra que siempre me asombras.

Hoy, mi esperanza es esta luz que sombrea palabras; la luz que permite leer, reflexionar, meditar, aprender y escribir; esta luz que nos cobija, para ser felices, aun sin palabras.